

un amigo: «Te lo ruego, líbrame de mí mismo. Estoy de tal suerte abrumado por los negocios de los demás que me pesa horriblemente la vida. Cortesano fuera de la corte, visitador, lector, predicador, autor, oidor, actor, corredor y qué sé yo cuántas cosas mas. ¿Quién me libertará de este peso?» Solamente la muerte. Has nacido grande y tienes que purgar tu grandeza; has tenido una idea y debes defenderla de sus enemigos. Cuando ya la hayas defendido de sus enemigos, has de organizarla, y cuando ya la hayas organizado contra sus enemigos, has de defenderla y salvarla de los brazos de sus propios amigos. Para quien ha de ocupar un sitio preeminente en la historia, no hay lecho de reposo mas que en el frio hueco de un sepulcro. Lutero acababa de organizar la revolucion; pero, apenas organizada, caia esta revolucion en las exageraciones. Vamos á verlo.

CAPÍTULO VI

LA GUERRA DE LOS LABRIEGOS

La guerra de los campesinos resulta, al resplandor de las ideas filosóficas que rigen la historia, una exagerada traduccion del pensamiento de Lutero á la sociedad y á la vida. No podia encrespase la conciencia al azote de tantas ideas, reunirse aquellos enjambres de almas exaltadas por la nueva fe, desarrollarse creencias tan variadas, sin que el movimiento de tanta vida bajase hasta el pueblo, y encendiendo sus pasiones, lo lanzara desbocado al seno de una exagerada revolucion, anhelosa por traspasar los límites, que el tiempo, las circunstancias, la historia ponen por necesidad á las mas radicales innovaciones y á los mas atrevidos progresos. Injusto, injustísimo atribuir á Lutero, como suele el vulgar sentir, la horrible guerra de los campesinos y sus espantosos excesos. Antes, mucho antes, la excesiva tiranía de los señores y la excesiva servidumbre de los esclavos trajeron esas protestas armadas, esos movimientos desordenadísimos, esas guerras civiles, males que el mal engendra, y que pocas veces, sobre todo cuando se exageran y se extreman, suelen traer un remedio. No existia Lutero cuando la insurreccion de los trabajadores de Brunswick en el siglo décimotercio; no existia Lutero cuando la insurreccion de los trabajadores de Lubeck en el siglo décimoquinto. Gremios sublevados; estirpes patricias tan pronto expulsadas como devueltas al seno de sus ciudades; gobiernos aristocráticos, rotos por la audacia y restaurados por la inexperiencia de sus candorosos enemigos; irrupciones de piratas surgidos de las verdinegras ondas del Báltico; soldados de Suecia, por comba-

tientes, y senadores de Hamburgo, por tímidos, perseguidos y descabezados; los ciudadanos de Gante en armas con tal brio, que componen ejército de treinta mil hombres, y queman cerca de cuatrocientas aldeas y sostienen una rebelion de cuatro años; aquí un pobre mercero, allá un oscuro campesino, acullá el último de los criados constituyendo dictaduras que aparecen y desaparecen con vertiginosa rapidez, cual todas las obras de una febril demagogia; en los Alpes, la liga de los grisones que da trescientos años antes de la revolucion francesa el grito de guerra á los palacios y paz á las cabañas; en las orillas del Océano los holandeses hambrientos que piden su comida y que llevan un queso con un pan en su bandera; ya un jóven profeta decapitado, ya una legion de jornaleros vencedora y que adquiere una carta de libertad firmada en las losas de un cementerio; ya una legion de revolucionarios con las abarcas de los campesinos por señal de guerra; ya una tribu de la Carniola; ya una familia de húngaros que talan, destrozan y queman; todos estos accidentes parciales forman y componen los múltiples horrores de las guerras suscitadas por los agrícolas antes de Lutero, cuyos tremendos excesos demuestran cuán terrible y cruda la tiranía de los señores y cuán triste y desesperada la opresion de los siervos en la feudal Alemania.

Pero no puede negarse que las palabras de libertad, lanzadas por Lutero en el tempestuoso espíritu germánico, debian suscitar nuevas tempestades, allí donde tanto germen de tempestad estaba como diluido en los aires y encendia en relámpagos incesantes las perturbadas conciencias. No puede llamarse á Lutero en justicia el autor de la guerra de los campesinos, cuando la guerra de los campesinos ensangrienta por espacio de tres siglos el suelo de Alemania. Esta guerra tiene raíces mas hondas y se explica mejor que por la idea luterana por la horca donde el señor ejerce su terrible autoridad y por el terruño donde yace, á guisa de animal doméstico, el opreso y angustiado siervo. Pero no puede dudarse que una idea de emancipacion, siquier intente reducirse á los dominios exclusivos de la conciencia religiosa, atraviesa los aires silenciosamente, llega hasta los ánimos por misteriosos caminos, y sacude las cadenas de la esclavitud, los potros del tormento, para lanzar á las víctimas de las injusticias sociales en las ráfagas de la revolucion y de la guerra. El negro de las colonias, sometido á un régimen que le aísla del

mundo, encerrado en selvas semi-inexplorables, bajo el látigo del negrero empeñado en postrarlo dentro de la naturaleza y confundirlo con las bestias de carga, parece que oye en su opresion, por adivinamientos magnéticos, las palabras de los oradores consagrados á su defensa en las grandes tribunas de Europa, y que se espereza y se levanta, como si la electricidad del cielo hubiera llevado á su espíritu el Verbo redentor henchido con las consoladoras promesas de libertad y de derecho. Pues si esto sucede por misterios de la sociedad verdaderamente indescifrables; si el eco de una palabra consoladora puede llegar hasta el oido de un siervo aisladísimo, ¡cuánto mas no sucederia, tratándose de aquel orador excelso, á quien sus maravillosos discursos habian dado una soberanía intelectual en Alemania, y que recluido unas veces en el monasterio de San Agustin, como el cadáver en su sepulcro; alzado otras veces á su cátedra de Witemberg, como el Dios á su altar; batallando en Leipsick con los doctores de la Iglesia como un guerrero armado de ideas; circuido en Worms por todas las potestades de la tierra pendientes de sus labios; confinado en aquella montaña de Wartburgo, desde cuyas cimas fulminaba ideas que esparcian el terror en los opresores y la esperanza en los oprimidos! á cualquiera luz que se le mirase, resultaba siempre el revelador de la libertad y el profeta de la revolucion, es decir, la esperanza en carne y hueso de los siervos. Naturalmente la violencia de la servidumbre en estos engendró la violencia de la reivindicacion: que siempre el mas oprimido en su vida resulta el mas heróico en sus resoluciones y el mas extremado en sus ideas.

En la extraña organizacion de Alemania el campesino detesta al ciudadano; el ciudadano al baron próximo que á lo mejor tala furioso las cercanías de su ciudad y viola los muros; el baron al soberano feudal de mayor jerarquía que se levanta sobre sus espaldas; el soberano feudal á los electores y á los arzobispos coronados; los electores y los arzobispos coronados al Papa y al Emperador; y sobre todos estos círculos infernales de reconcentradas pasiones lanzó Lutero el soplo ardoroso de su revolucion, que enardecia y encrespaba los ánimos, empujándolos á entrar en una nueva vida por los medios violentos de la guerra. El poder de Roma, para las clases superiores, para los sacerdotes del pensamiento, para todos los que innovaban en las institu-

ciones y abrian horizontes en la vida, el poder de Roma gravitaba sobre el alma, sobre el pensamiento, sobre la conciencia, y habia necesidad de sacudirlo con grandiosos esfuerzos espirituales; mas, para los laicos, ora señores, ora esclavos, el poder de Roma representaba la tiranía histórica, la autoridad tradicional, la participacion lucrativa en los diezmos y en las prestaciones, la tutela sobre la autoridad civil y la autoridad política, el férreo yugo de Alemania, y habia necesidad, pero imprescindible é inmediata, de acudir á las armas y derribarlo con grandiosos esfuerzos de ánimo y con múltiples medios de violencia. Y en aquella organizacion extrañísima, cuando la jerarquía de poderes interpuesta entre el Emperador y el pueblo se levantaba contra todos los que tenia encima, naturalmente agitaba con grande agitacion á todos los que tenia debajo de su autoridad y de su dominio. Sublevados los representantes de la estabilidad, habian de sublevar por fuerza incontrastable á los representantes del progreso. Los señores abrazaban la revolucion religiosa; y los campesinos, que sacan inmediatamente de los principios las consecuencias, sobre todo las consecuencias útiles y tangibles, habian de abrazar la revolucion religiosa y social. Así, á las orillas del caudaloso Rhin, lo mismo en las estrechas gargantas donde se derrite y nace que en los espaciosos lagos donde se detiene y remansa, lo mismo en el salvaje valle de su catarata que en las arenosas marismas de su desagüe; en la misteriosa Selva negra, de verdes inacabables prados y de oscuros entrelazados pinos; por las hondonadas de la Turingia y por las breñas de los Alpes; en el rio mayor del centro de Europa, que corre desde el Tirol hasta el Oriente; en las fronteras, donde comienza la mongólica familia de los Magyares y la aria familia de los eslavos; por todas estas diversísimas regiones, los siervos se levantan, las guerras se difunden, las hoces se truecan en espadas hambrientas y las carretas en carros de combate, como aquellos que trasportaban las tribus del Norte en sus invasiones á sus conquistas; y arde como un volcan inextinguible la inmensa region que lleva el comun nombre de Alemania, desgarrada y convulsa, como si toda su luz fuera el relámpago de una tempestad, como si todo su aire fuera la ráfaga de un huracan, como si toda su tierra fuera el sacudimiento de un terremoto. Naturalmente, la servidumbre debia herir con profunda herida, de una terrible crudeza y acerbidad, á pueblo, que durante toda

la Edad media, tenia como arraigado hábito el trasponer las montañas y el atravesar los rios, yendo en peregrinacion armada, ó bien á Italia ó bien á Oriente á buscar pan y libertad. Y en el mas solemne de sus dias, en el período mas crítico de su historia, al aparecer la Reforma y emanciparse su conciencia, la servidumbre antigua se agravaba, la libertad histórica desaparecia; y el sol, que brillaba en las cumbres mas altas de Alemania, no descendia, no, hasta el oscuro valle cubierto de espesas y perdurables tinieblas.

Historiemos esta revolucion. Sus causas generales se encuentran, como hemos dicho, en la tiranía de los nobles y en la servidumbre de los plebeyos; su causa ocasional en hecho sencillísimo. Entre los deberes de los siervos contábase la corvea, el trabajo forzoso. Prestábanlo aquellos infelices los dias de la semana y descansaban el domingo. Mas el domingo mismo quitó Elena, condesa de Lupfen, obligando á sus labradores en los dias festivos á coger fresas para las damas de su corte y caracoles para los juegos de su casa. Un dia, seiscientos se encontraron en el monte, ofendidos por la soberbia de su señora, gravados por la indignidad de su trabajo; y mirándose las caras enrojecidas de vergüenza y viéndose en tan gran número, decidieron nombrar á uno de jefe; tejer bandera tricolor, negra, roja y amarilla; tomar el nombre de confederados evangélicos; y decir á sus señores que habia concluido la antigua servidumbre para trocarse en plena y absoluta libertad. Inmediatamente despues de reunidos, trazaron el memorial de sus agravios y la fórmula de sus aspiraciones en doce inmortales artículos. Implacablemente lógicos, deducian las consecuencias de las doctrinas luteranas y encerraban sus pensamientos en una verdadera organizacion democrática. Pedian, pues, el nombramiento de los párrocos por sufragio universal del pueblo, y una vez nombrados, la obligacion en ellos de predicar el puro Evangelio, desceñido de toda tradicion sobrepuesta, por lo cual se ofrecian á pagar el diezmo eclesiástico cual en los antiguos tiempos. Pero, en cuanto al diezmo feudal, protestaban que no lo pagarian jamás, sobre todo el consistente en una parte de ganado. Redimidos por la Pasion de Cristo, iguales en derechos á todos los hombres segun la palabra del Evangelio, hijos de Dios y herederos de su gloria, debian romper todo yugo que en ellos quebrantara la integridad de su derecho y obedecer, sí, porque sin obediencia las sociedades humanas no